

UNA OPORTUNIDAD ÚNICA

José SARUKHÁN

Quiero agradecer a los coordinadores de este volumen su invitación a participar en esta obra dedicada a recordar algunas de las múltiples facetas de la vida y obra del doctor Jorge Carpizo, particularmente aquellas ligadas a su larga y fructífera trayectoria en nuestra casa de estudios.

Mucho antes de que el doctor Carpizo fuera nombrado rector de la Universidad por la Junta de Gobierno tuve oportunidades de conocerlo cercanamente e interactuar con él a mediados de la década de los setenta en su carácter de abogado general, con asuntos relacionados con el Instituto de Biología, del cual a la sazón yo era un investigador. Tiempo después, ya como rector él, y yo como director del Instituto de Biología, tuve ocasión de presentarle un proyecto, largamente acariciado por mí, para desarrollar un Museo de Historia Natural a semejanza del Instituto Smithsonian; es decir, que combinara las colecciones científicas que el Instituto de Biología había acumulado desde el siglo XIX, con el componente museográfico abierto al público, función que en algún momento el Museo del Chopo ejerció de manera más que modesta. Para mi sorpresa, el doctor Carpizo recibió la propuesta con enorme interés, e incluso llegó a anunciar en uno de sus primeros consejos universitarios, que el Museo sería proyecto prioritario de su gestión. No obstante, la naturaleza tenía otros planes: el terremoto del 19 de septiembre de 1985 se encargó, entre otras cosas, de cambiar todas las prioridades presupuestales del país, incluido el presupuesto de la UNAM.

Pero mi real oportunidad de trabajar de manera intensa con él y tratarlo muy de cerca ocurrió muchos años después, durante su gestión al frente de la UNAM, y en especial durante la fase final de ese periodo. Dado que los aspectos de su dedicación profesional en el campo jurídico se encuentran fuera del ámbito de mi experiencia personal, mi contribución en esta obra estará principalmente acotada a mi relación con él cuando me invitó a hacerme cargo de la Coordinación de la Investigación Científica.

La invitación a la que me refiero tuvo lugar de manera totalmente inesperada para mí. Ocurrió al término de la ceremonia de entrega de pre-

mios de la Academia de la Investigación Científica (que aún no cambiaba de nombre a Academia Mexicana de Ciencias) en el Palacio Nacional, y los premios nacionales de Ciencias y Artes.

Pero antes de relatar ese primer encuentro, que para mí resultó ser trascendente, debo contextualizar un poco el estado de cosas en la UNAM en ese momento. Acababa de aprobarse por el Consejo Universitario —reunido para esa ocasión en un auditorio del Colegio de Ingenieros— pues la Ciudad Universitaria estaba cerrada por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU)— la celebración de un congreso universitario; esa reunión del Consejo destrabó el conflicto, y la UNAM retornó a sus actividades normales. El rector Carpizo, meses antes me había pedido formar parte de la representación de la Rectoría en los llamados “diálogos de Rectoría” con representantes de los estudiantes que conformaban el CEU, petición a la que accedí, después de considerarla cuidadosamente, animado por el deseo de ayudar al rector a sacar a nuestra Universidad del trance en el que se encontraba. No entraré a la reseña de esos “diálogos” —cosa que hago en la relación de mi rectorado, que está en preparación—, excepto para decir que fue una experiencia tan interesante como frustrante. Fue al final de esos diálogos que el CEU decidió cerrar la UNAM por la fuerza, hasta que ocurrió la antes citada reunión del Consejo Universitario. Esas eran las circunstancias que vivía la UNAM el día de la entrega de los premios por el presidente de la República.

Era una mañana de invierno fría y gris. El patio del Palacio Nacional donde se llevó a cabo la ceremonia era un verdadero frigorífico. A la salida, entre el tumulto de los asistentes, Jorge Carpizo —quien portaba su acostumbrado y grueso abrigo negro y su bufanda— me apartó del gentío que surgía del edificio, porque deseaba hablar conmigo. Tenía un semblante adusto, que reflejaba preocupación. Me explicó que debido a los eventos que habían acaecido en la Universidad, había tomado la decisión de hacer un cambio en el equipo de sus colaboradores más cercanos; estaba convencido de la necesidad de ello para encarar una nueva fase en el desarrollo del conflicto que vivía la institución. La invitación del rector me tomó totalmente de sorpresa. Desde luego, le agradecí la generosa invitación, pero pedí que me dejara pensar al respecto; en ese momento tenía la responsabilidad de la dirección del Instituto de Biología: había iniciado dos años antes mi segundo periodo como director (todavía de seis años) y tenía muchos planes para el desarrollo del Instituto. Me respondió que estaba bien, pero que tenía que darle una respuesta el siguiente día, porque quería anunciar los cambios cuanto antes.

Comenté la propuesta del doctor Carpizo con un amigo muy cercano; la situación de la UNAM era muy compleja y no auguraba un periodo de vida institucional tranquilo, pero era claro que había que colaborar a conducir a la institución por el mejor camino posible. Al día siguiente pedí cita con el rector; le mencioné que en mi opinión la función de un coordinador de los institutos de investigación era una vía de doble responsabilidad: la de ser representante de la Rectoría ante las dependencias del área, y al mismo tiempo actuar como el representante de la comunidad académica de esa área ante la Rectoría. Él lo entendió plenamente, y acepté con agradecimiento su invitación. A partir de entonces nuestra relación se estableció con una cercanía que nunca antes había tenido oportunidad de sostener con ningún rector. Durante los casi dos años que duró mi colaboración con él no tuve más que el más abierto apoyo de su parte y su total confianza en el ejercicio de mi encargo.

A partir de entonces, el rector me hizo partícipe de varias reuniones de reflexión y discusión sobre el trance que pasaba la UNAM. Hubo que atender, entre otros asuntos, la elección de los miembros de la comunidad universitaria que actuarían como delegados al Congreso Universitario. Fue una tarea delicada, que en mi opinión ocurrió satisfactoriamente. En grupo, encabezados por el doctor Carpizo, analizamos diversas opciones que podrían atender de manera preventiva algunos de los múltiples temas que podrían surgir en el Congreso. Una de ellas se refería a problemas en las tareas que los consejos técnicos —especialmente los de las escuelas y facultades— encaraban. Yo sugerí la posibilidad de que se estableciera un número menor de dichos consejos organizados por áreas, ya que me parecía que la legislación universitaria no obligaba a que hubiera un consejo técnico propio para cada entidad universitaria, lo que ayudaría a establecer, por un lado, criterios académicos generalizados y adecuados para las grandes áreas disciplinarias de la UNAM, y por otro permitiría la posibilidad de lograr una interdisciplinariedad mayor de la existente hasta entonces. El rector vio con cierto interés esa posibilidad, pero no llegó a concretarse entonces.

El transcurso de la segunda mitad del periodo rectoral fue intenso y fructífero en el trabajo diario de la institución: docencia, investigación y actividades culturales. Llegamos al mes de octubre de 1988, con la perspectiva de la conmemoración de los veinte años del día 2 de ese mes. El rector nos convocó para discutir si convenía organizar alguna actividad especial para ese día; en nuestra reunión se dieron varias ideas que fueron anotadas por el doctor Carpizo. Llegado el día 2, en el que se había citado al Consejo Universitario para una sesión especial, había cierta expectación, pues algunos de nosotros no sabíamos a ciencia cierta qué tipo de acto había decidido

él realizar; varias personas especulaban además que podría anunciar sus intenciones acerca del inminente proceso de elección por parte de la Junta de Gobierno para el cambio o reelección del rector. La sesión consistió en recordar la triste fecha con dos minutos de silencio por parte de los asistentes, terminados los cuales el rector levantó la sesión, dándola por terminada. Quienes especulaban sobre el posible anuncio se quedaron con un palmo de narices.

No fue sino hasta unos diez o quince días después, cerca de mediados de ese mes, cuando el doctor Carpizo dio instrucciones de citar de nueva cuenta al Consejo, y en esa sesión anunció su decisión de no participar en el inminente proceso de elección, argumentando la razón de que él no consideraba adecuadas las reelecciones, no solo en esta instancia, sino en general. Yo me sorprendí por el anuncio, porque pensaba que debería seguir en la Rectoría, si así lo decidía la Junta de Gobierno, y se lo dije personalmente al final de la sesión, argumentando que nadie mejor que él tenía todos los elementos, el conocimiento y el pulso del proceso que nos había llevado hasta la decisión de realizar el Congreso Universitario. Intercambiamos razones por breves momentos, pero resultaba claro que tenía bien pensada su decisión. En consecuencia de ese anuncio, se disparó el proceso de sucesión para la rectoría, que tendría que iniciarse a más tardar un par de semanas después.

Unos días después, el rector nos citó en su oficina a varios de su equipo cercano; al llegar a la reunión, encontramos que, en adición, había directores de institutos y facultades; debemos haber sido alrededor de unas diez personas. Ahí nos comentó que tenía la intención de mencionar una lista de “universitarios ilustres” para que la comunidad de la UNAM pensara en ellos como posibles candidatos en el proceso de designación de rector que la Junta de Gobierno estaba a punto de abrir, y que había pensado en ese grupo reunido en su oficina, pero quería saber si todos estaban de acuerdo. Uno por uno, los colegas ahí reunidos expresaron de diversas formas su aceptación, hasta que llegó mi turno, en el cual yo le pedí al rector que me dejara contestarle en uno o dos días, lo cual produjo extrañeza en el resto de los compañeros ahí reunidos. Cuando dos días después le solicité a Jorge Carpizo una cita para charlar con él, platicamos largo rato; yo le mencioné que le agradecía mucho haber pensado en mí para conformar su lista, pero que encontraba que difícilmente tendría yo los atributos para encarar la difícil situación en que la UNAM se encontraba en caso de que la responsabilidad de la gestión rectora cayera sobre mí. El doctor Carpizo adujo razones que consideraba que justificaban su actitud hacia mí. Sin entrar en los detalles de esa conversación —que nuevamente dejo para una ocasión

posterior—, agradecí y acepté su propuesta de formar parte de esa lista que quería proponer a la comunidad universitaria.

Un par de semanas después, el primer día de noviembre, el STUNAM estalló una huelga, con el argumento de “no aceptar los términos ofrecidos en la negociación” por la Rectoría. La interpretación generalizada en la comunidad era que se trataba de una acción para “desmovilizar” a la comunidad universitaria justo en vísperas del cambio de administración presidencial, el 1 de diciembre. Lo que ocurrió después del reinicio de actividades en la UNAM al levantarse la huelga el 2 de diciembre, es ya parte de la historia.

El hecho es que ese periodo de casi dos años en que el rector Carpizo me designó como coordinador de Ciencias representó para mí una enorme experiencia y conocimiento de muchos aspectos de la vida universitaria que, sin serme desconocidos, no me eran tan familiares como hasta entonces. El de la Coordinación del CTIC fue un periodo que califico en especial como gratificante y satisfactorio para mí, y que definió en buena medida el futuro de mi vida universitaria; no hubiera tenido esta oportunidad si no hubiera sido por la generosa invitación del doctor Carpizo a colaborar con él desde la Coordinación de la Investigación Científica.